

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Segovia, mes. . . . .	1 peseta.
Por años . . . . .	10 "
Fuera de Segovia,	
trimestre. . . . .	350 ptas.
semestre. . . . .	7 "
año adelantado. . . . .	12 "
Id. corriente ó al	
finalizar. . . . .	14 "
Extranjero, año. . . . .	30 "
IMPRESA	
Grabador, Espinosa, 1.	

# EL ADELANTADO de Segovia

DIARIO DE INFORMACION E INTERESES GENERALES Y LOCALES

DIRECTOR:  
DON RUFINO CANO DE RIVERA

Anuncios, comunicados y recelamos, á precios convencionales.

Se admiten esquemas de donación hasta las seis de la tarde.

REDACCION Y ADMINISTRACION  
Isabel la Católica, 6.

SERVICIO ESPECIAL TELEGRÁFICO Y TELEFONICO.—INFORMACION MERCANTIL.—PUBLICIDAD.

## HOJA LITERARIA DEL DOMINGO

### La Mariquita,

EL CÍNIFE Y LOS NOVIOS.

CUENTO.

Uno de esos graciosos insectos llamados *mariquitas*, encanto de los niños y las mujeres, á quienes no asusta como otros animales menos favorecidos por la Naturaleza, paseábase una tarde por los pétalos de una recién nacida rosa de té.

Era soltera, feliz é independiente, y á nadie tenía que dar cuenta de sus actos.

De pronto oyó el finísimo y penetrante sonido de una trompetilla, y ¡pa! se puso á su lado un caballero cínife, flacucho y estirado, sacando por la boca un milímetro de estoque, y volviendo alas y patas, finas como cabellos.

—¡Calla!—dijo al ver á la mariquita.—¡Qué bien nutrida y qué coloradota está usted, y cómo se conoce que vive en el campo! Aquí los alimentos, aunque desabridos y sin sales á la inglesa, son sanos y abundantes.

—Pues ¿de dónde viene usted?—preguntó la campesina.

—De la ciudad inmediata, esa que se vé allá á lo lejos por detras de aquellos álamos... Y no es que allí me fatte que chupar. ¡Nada de eso! Pero aun no he encontrado quien me proporcione comida sana, así es que estoy casi anémico, y padezco una dispepsia crónica que me tiene aburrido.

—Quédese usted por aquí—le dijo la inocente mariquita, ignorando con quien se las había.—Hay allá abajo un campo de berzas riquísimas, tomates en abundancia, uvas, de todo...

—No puede ser... Está en mi naturaleza rechazar semejantes alimentos, y tengo el paladar delicadísimo. Por necesidad volveré á ser urbano. Pero como todo está compensado en este mundo, á cambio de las indigestas comidas plagadas de microbios á que mi mala suerte me condena, aprendo muchas cosas de que usted no puede tener ni aún la más remota idea. ¡Soy un sabio! ¡Qué de escenas he visto! Si quisiera poner cátedra, y los insectos tuviesen un poquito de amor al estudio, podría hacer negocio. Esto sin contar con que soy un artista consumado, pues ya me ha oído usted tocar la trompeta... ¡música elegante y delicada! Conozco la vida de los hombres y de las mujeres, animales de gran corpulencia á quienes doy frecuentes secretos para mí.

—¡Caramba! ¡Quien pudiera ver todo eso!

—¡Imposible! Ustedes las campesinas tienen que vivir, por fuerza, en la más vergonzosa ignorancia, sin saber palotada de lo que pasa por el mundo... ¡Si yo la contara!

—¿Cuente usted, cuente usted!—dijo la mariquita, que comenzaba á sentir curiosidad.

—¡Silencio!—dijo el mosquito.—Se acerca uno...

—¿Un que?

—Un hombre.

—¿Donde está?—preguntó la mariquita, volviéndose toda ojos.

De repente apareció en escena una mano

que arrancó de su tallo la rosa, y llevóse con ella á la mariquita.

El mosquito huyó tocando la trompeta...

¡Que linda era aquella joven! Aun estaba salvando esa deliciosa y breve frontera que separa la infancia de la púbertad. En sus negras pupilas, contornasoles metálicos, brillaba todavía la inocencia de la niña y los primeros destellos maliciosos de la temprana juventud.

Cuando él la entregó la fresca y aromosa flor, sonrióse ella, mostrando unos diente-citos nacarados y menudos... ¡La sonrisa del primer amor, lleno de ensueños imposibles, de absurda fantasmagoría, por que jamás la realidad llega á la meta, á donde la imaginación voladora quisiera llevar las cosas que hacen amable la vida!

La mariquita, absorta y agazapada en un pétalo (¡parecía un juguete de coral!) contemplaba aquellos dos seres tan felices... Y más lo fueron cuando se rindió al sueño una grave señora que los acompañaba, merced á lo cual pudo convertirse en interesante *duo* lo que antes era anodino *terceto*. ¡Oh poder del amor! ¡Mentira parece que con el invulnerable tema de «me quieres, te quiero» sea el más sabroso de los diálogos!

En esto fué descubierta la mariquita.

—¡Mira, que preciosas!—dijo ella.—¡Qué redondita y encarnada! ¡Habrá nacido aquí, en esta rosa?

Y alargando el pulgar y el índice, dos monísimos dedos, blancos y finos, de uñas sonrosadas, intentó hacerla su prisionera.

La mariquita se vió perdida... Por fortuna, preparada ya á lo que pudiera ocurrir, desplegó sus cuatro alas, se lanzó al espacio, y como atraída por el aterciopelado cutis de aquel rostro seductor, se posó en una de las mejillas, cerca de un gracioso hoyuelo que había allí.

La joven lanzó un leve grito.

Entonces se propuso él cautivar á la fugitiva; pero no utilizó para eso los dedos.

La mariquita vió dos labios, cubiertos por un rubio bigote, que se acercaban, cada vez más... los labios, muy unidos, se alargaron aproximándose y tocando con dulce suavidad la mejilla, precisamente sobre aquel hoyuelo...; sonó un chasquido especial... y aun tuvo tiempo la mariquita para echarse á volar y salir huyendo por una ventana, mientras decía:

—¡Diablo! Tenía razón el musiquillo escualido y sabiondo.... ¡Sí que se aprenden cosas en las ciudades!

RAMIRO BLANCO.



UN DOGMA INÉDITO.

No sé si es cuento ó no es cuento, pues duda el que lo contó si esto pasó ó no pasó en el Concilio de Trento. Un hombre de gran doctrina

fué á un Concilio á sostener «que es, por madre, la mujer una creación divina.

Y que, en honor al Eterno, que creó tan nobles seres, se exceptuase á las mujeres de las penas del infierno.

Fué el dogma planteado así, y al ponerse á votación, los sabios, sin excepción, fueron diciendo: «Sí, sí.»

—Muy bien—dijo el presidente;— queda este dogma aceptado; mas se dejará archivado y oculto por petuamente.

¡Qué paz, orden ni gobierno podría en el mundo haber si supiese la mujer que para ella no hay infierno!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

### Cuento tártaro.

Era el año 1866. estaba de Veedor—fué el último—en el Real Sitio de San Ildefonso, un respetabilísimo señor que tenía afán grandísimo en recibir y agasajar á sus amigos.

Por ser el día de su santo, unos por haberle acompañado á la mesa, otros por invitarles á tomar café, reuniéronse en su casa una docena de amigos, entre ellos un marino, que volvia cargado de laureles de la célebre expedición á Balaquinqui; un viejo militar que también estuvo en Filipinas, habil jugador de billar, en que sobresalía en las caramboles hechas por sable, y el Abad mitrado de la Colegiata, persona tan profunda en las cosas de su profesión y ministerio, como ajeno á los usos cortesanos y por que no decirlo? al trato social.

Habiase atrevido un afamado confitero de Madrid, á sustituir la clásica anguila de mazapán por otras formas y la que por aquella época dió más golpe fué un rampante león que apoyaba su garra anterior izquierda en un escudo en que á modo de cartel solía poner la dedicatoria, iniciates, algo que indicase el objeto á que se destinaba.

Por su posición perñada, el león de una de las cajas que formaban parte de los dulces con que el buen Veedor obsequiaba á sus amigos, solo tenía un ojo pero un ojo de cristal, pardo oscuro, idéntico en un todo á los que vivos y efectivos animaban el semblante de nuestro reverendo Abad.

El militar hizo desaparecer el tal ojo del león, lavóle en una de las copas de agua para reparar algo de la *dulzaina* adherida y simulando se limpiaba los dedos, ya que organizada la partida de tresillo tocábale dar, ocupó su sitio, frontero al del Abad y teniendo, por lo tanto á los lados al Veedor y al marino.

Repartió las cartas, saludó á la compañía y mientras el bueno del Abad pensaba un solo dijole al Veedor en tono bajo: ¡valiente chasco se va á llevar el Abad cuando al volver á casa quiera cambiarse el ojo, pues yo le tengo aquí!—y se le enseñó.

¡Bah! todavía está usted en su idea de que tiene puesto un ojo de cristal que cambia por el que conserva en agua fresca en su casa, cada vez que á ella vuelve?

—¿Que si estoy en esa idea? aquí tiene usted el ojo que debía estar bañándose y dis-

puesto á sustituir al que tiene puesto ¡fíjese! ¿son ó no iguales?

La mirada inquisitiva, que el Veedor echaba á los ojos del Abad, termino al decir este—¡juego!

No se le cocía el pan, al veedor, por trasladar la noticia, y así, en un momento que de intento el militar abandonó la partida, acercose al marino y le dijo—¡Es cierto tiene un ojo de cristal, es decir dos!

Y el bueno del marino á quien el Abad, que repartía, le dió carta de bola, sin contentarse exclama.

—¡Bola! bola... tendida...

—¿Cómo bola?

—¡Dos! dos bola..., una la de los ojos ¿como va ver con dos ojos de cristal?...

La entrada del militar puso fin al comenzado enredo.

Si—dijo—dos bolas ó una á palo de favor que se cobra doble.

Más el Abad, que ya tenía sus barruntos, de la idea cundidera de su ojo de cristal, pedía explicaciones á las que renunció, ante la gran pesadumbre, de ver casi vacía de fechas, por el pago, su caja de maque.

El militar, espíritu inquieto y enredador que gustaba de oír al marino contar cosas de oriente, por el prurito de echársele encima y rectificarle le incitó á que contase algo que nunca les hubiese referido, y él que no deseaba otra cosa así como sus compañeros y algunos mirones que les agradaba el gracejo que en las narraciones derrochaba, dispusieron; á hablar el uno; á escuchar los demás.

«La invasión tártara es en China de ayer, como aquel que dice, tanto que el uso de la coleta, signo característico hoy, apenas si hace diez siglos les fué impuesto como prueba de vasallaje.

Claro, que los tártaros hallaron China en estado próspero y floreciente, y aunque algo en ciencias y en artes, en lo que estaba más avanzada era en esa especie de quiromancia y superstición, que aun hoy remain, así, no es raro, que lo primero de que tratase de averiguar el primer emperador de origen tártaro fuese si, en los montes del Fouchou, existía una gruta de paredes lisas y con solo una inscripción que—en chino por supuesto—decía:

«Soy y seré el hombre más sabio de toda la china.»

«Nadie que entre aquí armado podrá salir.» Armado de todas armas penetró el buen emperador en la gruta, una vez que, después de muchas exploraciones, toparon con ella, y sin duda por ser algo corto de vista acercóse tanto á la pared, á leer la inscripción, que como absorbido, atraído poderosamente hacia ella, á ella quedó adherido con fuerza que nada pudo contrarrestar.

Publicáronse bandos, reuniéronse los sabios, tratóse por mil medios de separar al emperador cuya curiosidad habíale dejado pegado á la pared y nada... y lo malo era que pasaban días y días y el emperador atezado, sintiendo hambre pudo, valiéndose de artimañas inventadas por los más aventajados artifices, comer y beber, más nó satisfacer necesidad otra alguna.

Había en el Fo kien entre las misiones españolas una de frailes dominicos bajo la advocación de San Hermenegildo Rey de España, que era el santo del padre fundador; y una de las que estaban en más apogeo debido en parte al milagro evidente, de la vuelta á la vida de un acaudalado chino, á quien una caída del caballo que montara le había materialmente deshecho la ca cabeza.

Ese tal Tang-Chang se hizo cristiano y era el más ferviente devoto de San Hermenegildo, al que había ofrecido sustituir, en la iglesia de la misión, el cuadro en que al óleo y al mal pintado se le representara con sus atributos regios, por una figura de talla que había encargado á Barcelona.

Presentóse Tang-chang al padre Hermenegildo y entre marrido y temeroso le dijo.

—Mira padre, ha llegado la imagen de nuestro santo patrono, San Hermenegildo Rey de España; deseo hagamos una solemne novena para celebrar su fiesta al ponerle en el altar; llevarme el retrato á casa, donde ofrezco ponerle luz por los días de mi vida y ser siempre su hermano mayor... más no sé si habrán llegado ahí noticias del grave aprieto en que se halla nuestro emperador y con él la China toda?

—Algo—dijo el padre—ha llegado á mis oídos, y para que veais palpablemente que nuestra religión es esencialmente distinta á la vuestra y que no en valde reclamamos, las intercesiones de nuestros santos, hagamos con todo devoción la novena á San Hermenegildo, él nos dará luces de poder libertar al colectado monarca; y á sí, aparte la satisfacción de libertarle, luenga vida en que anualmente puedas con unificencia y esplendidez ser el hermano mayor del santo y el rey español.

Hízose la novena, y el padre Hermenegildo, que no era del todo ajeno al conocimiento de las ciencias naturales, dijo al chino Tang-chang, al celeste hermano mayor del santo.

—Vé en busca de tu emperador y haz que poco á poco y como deslizándose vayan dando vuelta sobre la pared á que está pegado; cuando haya conseguido dar la vuelta por completo y quede adherido por la espalda desabrochas su cota de malla y ya su celeste majestad no ten irá sino sacar uno á uno sus brazos y verase libre.

Fuese Tang-chang hizo así, libró á su emperador y feliz y colmado de alabanzas y honores volvió á su pueblo, en que largos años siguió siendo el hermano mayor de San Hermenegildo Rey de España, que sin duda le había inspirado la solución del problema.

La cota de malla del emperador aún sigue adherida por la espalda, á la pared de la gruta—yo la he visto,—así como un letrado que dice: *no basta ser sabio teórico; la observación engaña mucho.*

El padre Hermenegildo me lo explicó; conocedor de la abundancia de hierro magnético en aquellos pasajes y sabedor de que el colectado monarca iba embutido en su cota, se malició si habrá quedado sujeto por un gran imán.

—¡Codillo!—exclamó entre airado y dubitante el Abad—señores y con estas cartas; y mostraba una escalerilla de estriches y otra que, efectivamente parecía imposible que con ellas hubiese el *Veedor* que era el más flojo de la partida, podido ganarle el juego.....

Y entre la algazara y vocerío de las explicaciones de como pudo ser, decía el militar al marino mostrándole la tabaquera del Abad,—en la que había escondido el ojo de cristal—ve usted, ve usted como sí le tiene.

Y el Abad de pié recogiendo sus fichas.—Vaya señores, tres redondos me quedan; tengo prisa, mañana daremos cuenta—y salta mascallando mientras se abrochaba el balandrán, y quedaba en su amplio bolso tabaquera fosforera y pañuelo.

—Menos mal, no se ha perdido todo—ya sé que el hermano mayor de San Hermenegildo Rey de España fué chino; lo anoté en mi *Floz sanctornun* y lo diré en el primer panegírico que de él haga.

L. NIETO.

## CANTARES.

¡Quien lo había de decir  
Que por unos ojos negros  
Había de verme así!

¡Si será mi sombra mala  
Que no hay pena que no sepa  
El camino de mi alma!

Para curarme no dan  
Mas remedio que la ausencia  
En vez de morir de amor  
Habré de morir de pena.

Dicen que á todos les toca  
Tener un día feliz  
Si será mi sombra negra  
Que nunca me tocó á mí.

Yo no se lo que me pasa  
Que parece que las penas.  
Tienen imán en mi alma.

P. P.

## El fantasma.

El pueblo estaba consternado. El alma de un santo varón que en vida sufrió no pocas persecuciones, cruentas burlas y la constante ingratitud de todos sus vecinos, vagaba todas las noches por las calles del lugar en demanda de justos desagrazos. Despidiendo haces de fuego por los alveolos de su tétrica calavera y haciendo flotar sus blancas vestiduras, formadas seguramente por jirones de nubes, avanzaba solemnemente desde las inmediaciones del solitario cementerio y recorría el largo trayecto que separaba este apartado lugar, de la casa del alcalde, en cuya puerta se detenía invariablemente al dar las doce de la noche.

Tan pronto como oúdió por el pueblo la nueva de esta horrible aparición, descrita con frases entrecortadas por el pánico por algunos pacíficos vecinos que tuvieron el espantoso privilegio de verla *por sus propios ojos*, el pavor se apoderó de todos los ánimos, se cerraron herméticamente todas las puertas y ventanas, se desvanecieron las tertulias que al amor de la chisporroteante leña se formaban en algunos hogares en las primeras horas de las veladas de invierno, y cada vecino ó vecina, en cuanto la campana de la iglesia hacía vibrar el lánguido toque de oración, llevaban á ocultar, rebujados entre las sábanas del lecho, sus temores y sus remordimientos.

El alcalde y el cura, que ante las primeras versiones referentes al fantasma se habían manifestado francamente incrédulos, concluyeron también por cerrar prudentemente las puertas de sus casas y acostarse tan temprano como las viejas mojigatas á quienes causaba horror, y no osaridad seguramente, habérselas con almas en pena precedentes del purgatorio.

¿Y qué diremos del efecto producido en el ánimo de Juanillo, que siempre pasó por el mozo más arrojado y despreocupado del pueblo?

—¡Yo mismo la he visto!—exclamaba en cuanto la conversación recaía sobre el fantasma.—Yo mismo he tenido que dejarle mi puesto en la puerta de la casa del alcalde, á la que debe tener gran preferencia, y aún no me ha salido el susto del cuerpo. Aquella mirada de fuego penetró hasta lo más profundo de mi alma y me hizo correr con más ligereza que un cervatillo. Yo tengo poco miedo á las cosas de este mundo, porque en el servicio se aprende á tener serenidad y valor; pero las del otro mundo me infunden un terror grandísimo y no sé yo quien vuelva á salir de casa en cuanto se termine la luz del día.

Y oyendo hablar así á Juanillo, no hay que decir que los demás vecinos, más sencillos y menos valerosos que este, temblaban como azogados en cuanto pensaban en el fantasma. Y así que el alcalde, como ya hemos dicho, también experimentaba profundo miedo (pues no fué nunca el miedo incompatible con el ejercicio de la autoridad), alegrábase á la par de que el misterioso fantasma viniera á poner término á las entrevistas nocturnas que, contra la paternal voluntad, celebraban la hermosa Filomena, hija del alcalde, con el apuesto y arriesgado Juanillo.

Y transcurrieron muchos días, y luego un mes y varios meses sin que el fantasma dejara de recorrer todas las noches su acostumbrado trayecto, sin que el pánico de los vecinos desapareciera y sin que Juanillo se diera punto de reposo en ponderar la horrible impresión que la aparición le produjera.

Un día, por fin, pudieron observar los más íntimos de la familia de Juanillo que éste dejó

de hablar del fantasma; los gestos de terror dejaron de alterar sus facciones, pero su rostro estaba cubierto de una mortal palidez, sus ojos velados por una profunda tristeza, sus labios cerrados y sin dejar paso á la más breve expresión. Y fué extraña casualidad que en la noche de aquel día los vecinos á quienes la curiosidad daba más valor para producirles después mayor miedo, no vieron aparecer el fantasma en dirección á la casa del alcalde.

Tampoco á la noche siguiente ni en muchas de las sucesivas se mostró la terrible aparición. Los vecinos empezaron á recobrar la calma, fueron atreviéndose á dejar abiertas sus puertas después de oscurecido; y hasta algunos se aventuraron á salir de sus casas para ir á la de sus más próximos vecinos á tener un ratito de murmuración. Solamente Juanillo continuaba pálido, triste mudo y desazonado. ¡Efectos sin dudas de sus impresiones pasadas!

El alcalde pudo entonces convencerse con gran contentamiento, de que las relaciones de su hija con Juanillo habían terminado definitivamente; pero no le duró mucho esta alegría, porque empezó á apercebirse de que entre su hija, que tenía muy vivos ribetes de coqueta, y Tomás, otro guapo mozo del pueblo, se manifestaban ciertas simpatías é intimidades que le pusieron en la pista de otro devaneo y le obligaron á tomar severas precauciones para ponerle término.

Sin duda eran estas intranquedades del alcalde las que removían el Purgatorio y hacían salir de él las almas en pena, pues desde el mismo día en que la primera autoridad se propuso estorbar y romper las nuevas relaciones de Filomena, el ya olvidado fantasma surgió de las inmediaciones del cementerio y caminó solemnemente por las calles del pueblo hasta que llegó á la puerta de la casa del alcalde.

Y volvió súbitamente, como era natural, el pánico y la consternación al espíritu de los pacíficos, uno de los cuales, sorprendido ante la horrible silueta del fantasma, corrió desalentado á casa de Juanillo, á quien refirió balbuciente su tétrico encuentro y su pavorosa fuga.

Irgulose Juanillo de repente, y mientras á su pálido semblante aúdián progresivamente aquellos carmeos colores que en otras ocasiones brotaban á la vista del enemigo ó al impulso del primer disparo, y á la vez que en sus apagadas pupilas resurgía la expresión de su característico valor, exclamó apretando los puños y con la voz entrecortada por el coraje:

—¡Ah, no! ¡Imposible! ¡Ese fantasma que tanto os asusta no puede volver á aparecer ni una noche más! ¡Yo me encargo de volverle á meter, y para siempre, de patitas en el infierno, ó dejo de ser quien soy!

Y con rapidez vertiginosa, antes de que nadie pudiera detenerle, lanzóse á la puerta y desapareció entre las sombras de la obscurísima noche.

Veloz como un rayo recorrió las calles, sin saber donde pisaba ni por dónde iba; pero no por eso perdía el equilibrio ni detenía un sólo instante su vertiginosa carrera.

Llegó ante la casa del alcalde; allí, á través de una ventana entreabierta, que correspondía á una habitación débilmente iluminada por una luz mortecina, pudo percibir la silueta de una mujer; delante de ella, en la calle solitaria, alzabase la figura del fantasma, que con aquella mujer parecía sostener interesante coloquio. Recató su paso para no ser apercebido, y colocándose de repente entre el fantasma y Filomena, pues era ella la mujer asomada á la ventana, blandió su rústico garrote, que cayó primero sobre la cabeza de la hija del alcalde. Dos gritos de bien distinto timbre resonaron á la vez en el espacio y dos cuerpos cayeron á la vez, uno por dentro y otro por fuera de la ventana.

—¡Señor alcalde!... ¡vecinos!...—gritó Juanillo con voz estentórea.—¡Corred, venid sin miedo! ¡Ya no hay fantasma que vuelva á turbar vuestra tranquilidad!...

Las voces de Juanillo, rompiendo el silencio que el pueblo reinaba, hicieron salir apresuradamente de las casas más próximas á algunos vecinos, y el alcalde no tardó en presentarse llevando en una mano un farol y en la otra el bastón de su autoridad.

—¡Ahí tenéis el fantasma medio muerto—añadió Juanillo con ironía.—Examinadle bien y os convenceréis de que no es un alma en pena, sino Tomás, que venía á hablar con Filomena... ¡Parece mentira que así os atemoriceis ante una farsa tan burda.

—Pero, escucha, Juanillo—le replicó el médico que había estado examinando la persona que envolvían las blancas sábanas que hacían de sudario.—¿Cómo es que tú, que tanto miedo tenías ante el fantasma, te has atrevido á provocarle y agredirle?

—Pues muy sencillo, respondió Juanillo recobrando su palidez y su tristeza. Porque yo he sido fantasma antes que él... ¡Hasta que refil con Filomena! ¿Cómo iba yo á permitir que hubiera en el pueblo otro fantasma que ocupara mi puesto en el corazón de mi novia? Pero ya tienen una y otro su merecido. Aquí no puede haber más fantasma que yo, y yo ya colgué las sábanas.

RICARDO DONOSO-CORTÉS.

## EL AIRE ES LA VIDA.





